"Dicotomías como divertido/riguroso, entretenido/científico, cooperación/superación, son falsas y están elaboradas artificialmente", afirma el autor de este artículo.



(DANIEL BORES , 29/01/2015) | Recientemente se ha publicado una entrevista a Ricardo Luri, un filósofo español autor, por ejemplo, de libros como "La escuela contra el mundo" o "Mejor educados", en la que expresa sus ideas en torno a **la tan manida (e interesante) discusión que enfrenta a quienes, por un lado, piensan que se debe educar para una inserción en la sociedad y, por otro lado, a quienes se decantan por una educación para cambiar la sociedad**
.

Y **posicionarse en uno u otro lado no es baladí.** Dice mucho de la metodología, las ramas del saber que se priorizan, cómo se evalúan los aprendizajes, cómo se aborda la individualización, el fracaso, la emoción, etc. Con respecto a esta última, por ejemplo, Ricardo Luri se muestra muy beligerante ante las nuevas corrientes de la llamada Educación Emocional.

"Si vuestros hijos van a una de esas escuelas en las que Bucay es el intelectual de referencia, competir está prohibido; cuando juegan, todos ganan y nadie pierde, y se considera más importante educar emocionalmente que enseñar álgebra, entonces, manteneos vigilantes" señala Luri, añadiendo que "¿para qué estamos preparando nosotros a nuestros hijos? Para

ser felices, mientras las madres «tigre» chinas, por ejemplo, entrenan a sus hijos para que sean capaces de ir a cualquier universidad del mundo. Nos puede parecer que son demasiado estrictas, pero la realidad de los resultados de sus hijos nos obliga a no hacer demasiadas bromas con ellas, porque existe la posibilidad de que en el futuro sean los jefes de los nuestros. ¿Conclusión? Queramos hijos felices, que tendremos que ir con nuestro currículum de la felicidad a buscar trabajo en empresas chinas".



Cabría recordar a Luri lo que en su día señaló Carusso, al decir que **"la inteligencia emocional no es lo contrario de la inteligencia, no es el triunfo del corazón sobre la cabeza. Es la única intersección de ambas"**

.

No creo yo, bajo mi humilde punto de vista, que debamos elegir entre lo emocional y lo intelectual. Dicotomías como divertido/riguroso, entretenido/científico, cooperación/superación, son falsas y están elaboradas artificialmente.

“Además, me parece muy sano que nuestras relaciones sociales, especialmente con los desconocidos, no estén mediadas mas que por su profesionalidad, sin necesidad de estar pendientes de la emotividad" (Luri). Esta opinión del filósofo navarro puede entenderse perfectamente e incluso compartirse, pero con ciertas limitaciones. De otra forma, **corremos el riesgo de perpetuar distorsiones que han construido una sociedad cimentada en la meritocracia, la competitividad, la polarización del ganar/perder, etc. Y, por extensión,**

perpetuaremos la idea de que educar es enseñar a aplastar cabezas para alcanzar los objetivos personales.
Y, de nuevo, me expongo al ataque falaz que trata de aseverar que educar en la cooperación y la superación personal (no interpersonal) es
educar a niños y niñas esclavos.
Más esclavo es, pienso, quien vive mirando por el retrovisor en lugar de mirarse al espejo.

¿Por qué desde los sectores educativos más tradicionalistas se tiene tanto miedo a la inclusión de lo emocional en el aula? D. Goleman es claro al asegurar que **"cuanto más abiertos estemos a nuestros propios sentimientos, mejor podremos leer los de los demás".**
Sea cual sea el objetivo de la educación que tengamos, independientemente de sí queremos educar para vivir en esta sociedad o para tratar de cambiarla, no podemos zafarnos de la necesidad de
la empatía.
Porque
sin ella podríamos llegar a educar a empresarios sin escrúpulos, políticos asépticos, científicos sin ética.
En definitiva, seres humanos empobrecidos.



Las inteligencias múltiples, la educación emocional, la educación mediante experiencias, el trabajo por proyectos y cualquier pedagogía innovadora no es la panacea. Claro que no. Pero **l a escuela que quiero para mi hijo no debe ser únicamente transmisora de conocimientos** . Para eso está internet y los libros. La escuela que quiero para mi hijo debe proporcionarle experiencias que le enriquezcan, que le enseñen a fracasar, a tener éxito, a compartir, a ceder y, por qué no, a renunciar a uno mismo por el bien del otro.

Voy a repetirlo: **renunciar a uno mismo por el bien del otro.**

Autor: Daniel Bores García | **Daniel Bores García** (1987), natural de Valladolid, es Licenciado en Ciencias de la Actividad Física y del Deporte, Diplomado en Magisterio de Educación Física y Doctorando por la Universidad de Valladolid. Tiene un Máster en Formación del Profesorado de Educación Secundaria, el Título Profesional de Música y es Experto en Musicoterapia. Actualmente trabaja como profesor en un colegio de Madrid.

© 2015. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA.Las opiniones de los autores son estrictamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.